

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 22 Septiembre 1906.

Núm. 38.

## Catequística.

(Continuación).

Además, Dios no puede darse, en cuanto tal Dios, satisfacción á sí mismo; pues verdad clara es que quien da y quien recibe la satisfacción deben ser cosas distintas.

De esto nace que ni un ser que sea solo Dios, ni uno que sea pura criatura, como antes vimos, pueda dar á Dios satisfacción verdadera por los pecados de los seres criados.

Luego clara consecuencia es que, en el supuesto de que Dios no hubiera querido, como de hecho no quiso, perdonar al hombre de balde, y sí exigirle satisfacción, y satisfacción de condigno, había necesidad rigurosa de que esa satisfacción fuese dada por un ser que fuera á la vez, aunque bajo distintos conceptos, Creador y criatura.

Debió, pues, Dios, en tal supuesto, unirse á una criatura racional, bien á un ángel, bien á un hombre; y esa unión pudo hacerla, hablando absolutamente, cualquiera de las tres divinas Personas. Mas, puesto que el pecado lo había cometido el hombre, que es del que ahora se trata, conveniente parecía que Dios se uniera á la naturaleza humana, y puesto que la segunda Persona de la Divinidad, esto es, el Verbo del Padre, es la que por apropiación, según entendemos, creó todas las cosas, muy razonable era que ese Verbo encarnara, tomando la humana naturaleza, para que fuera el hombre, y de algún modo el universo entero, redimido por quien había sido creado.

Ya se ve que esta razón no es más que de conveniencia, no de necesidad; y que, si el Verbo de Dios encarnó en las entrañas de

la Virgen Santísima, ha sido porque voluntaria y generosamente se ofreció á ello. En este sentido se han de entender las expresiones en que se dice que Jesucristo recibió mandato de su Padre para redimir y salvar á los hombres. No es ello precepto riguroso; es un encargo consiguiente á la voluntaria oferta del Hijo. De otro modo no hubiera dicho Jesucristo que tenía facultad de dar (ó de no dar) su vida por la salvación del género humano.

Pero el Hijo de Dios, movido, por una parte, de infinito amor hacia su Padre, y, por otra, de infinita misericordia hacia los pobres pecadores, aceptó gustoso la misión de redimirlos y de encarnar para ello en el seno de una Virgen; pues así daba á su eterno Padre satisfacción cumplida, y libertaba de la servidumbre del diablo á los hombres, que con tanto amor había creado.

De esta manera Jesucristo, por ser hombre y, en cuanto tal, diferente de Dios, ya es sujeto capaz de dar satisfacción á Dios, como cosa distinta que es de Éste, y por ser Dios hace que esa satisfacción pueda ser satisfacción cumplida (de condigno) y aun sobreabundante; pues la Persona divina comunica un infinito valor á todas las acciones que Jesucristo realice, á modo de instrumento (*principium quo*), con su naturaleza humana; porque las acciones parten, como de su principio y agente primario (*principium quod*), de la Persona del Verbo, que es la única persona que hay en Jesucristo.

Dedúcese de estos principios que cualquiera acción de Jesucristo, como acción de infinito valor, era suficiente para dar á Dios satisfacción de justicia por el pecado del hombre; pues es acción cuyo valor, satisfacción y mérito no reconocen límites. Mas, por adorables designios de la divina Providencia, hubo de ser por ella acordado que Jesucristo sufriese ignominiosa pasión y en ésta tormentos indecibles. Con lo cual ya se ve que la tal satisfacción hubo de ser, no sólo suficiente con todo rigor de justicia, sino por todo extremo sobre-abundante.

Asentadas las precedentes verdades, veamos ahora cómo Jesucristo nos salvó del pecado, dando con su pasión satisfacción cumplidísima á su eterno Padre. Y comencemos, al efecto, viendo la conveniencia de que Jesucristo padeciera por nuestro amor todo lo que padeció. Y esto lo aprenderemos de Santo Tomás, que nos lo enseña de esta manera: «Tanto algún modo es más conveniente para conseguir el fin, cuanto por él se obtienen más

cosas que son á propósito por llegar á tal fin. Ahora bien: por razón de haber sido el hombre redimido por medio de la pasión de Cristo, se consiguieron muchas cosas conducentes á la salud del hombre, además del haber sido libertado del pecado. Pues, en primer lugar, por esto conoce el hombre cuánto es lo que Dios le ama, y así es excitado á amar á Dios (por gratitud), en lo cual consiste la perfección de la salud humana, que es lo que dice el Apóstol en su carta á los Romanos (5,8), cuando escribe: *Ensalzó Dios su caridad en medio de nosotros; porque, siendo aún sus enemigos, murió Cristo por nosotros.*

En segundo lugar, porque en eso (su pasión) nos dió ejemplo de obediencia, de humildad, de constancia, de justicia y de las demás virtudes practicadas en la pasión de Cristo, cuyas virtudes son necesarias para la salvación del hombre, como lo dice San Pedro en su primera carta (II,21) en la que afirma que: *Cristo padeció por nosotros* dejándonos en ello ejemplo para que sigamos sus caminos.

En tercer lugar, porque Cristo, por su pasión, no sólo nos libertó del pecado, mas también nos mereció la gracia justificante y la gloria de la bienaventuranza.

En lugar cuarto, porque por ello se le impuso al hombre mayor obligación de abstenerse de pecar, al considerar que fué redimido del pecado por la sangre de Jesucristo, como lo encarece el Apóstol en su primera carta á los de Corinto (6,20). *Con grande precio estáis comprados; glorificad, pues, y llevad á Dios en vuestro cuerpo.*

En sexto lugar, porque esto cedió en mayor dignidad del hombre; pues, ya que el hombre había sido vencido y engañado por el diablo, así fuese también un hombre el que al diablo venciese, y así como el hombre se hizo reo de muerte, así otro hombre alcanzare de la muerte completa victoria. Que es lo que dice el Apóstol (I.<sup>a</sup> Cart. á los de Corint., 25, 57). *Doy gracias á Dios que nos dió la victoria por Jesucristo Nuestro Señor.* Y por eso fué más conveniente que fuésemos redimidos por la pasión de Jesucristo que no por la sola voluntad de Dios» (1).

En vista de todo lo que se acaba de declarar, con lo cual, dicho sea á modo de paréntesis, queda casi por completo pro-

(1) *Suma Teológ.*, Parte 3.<sup>a</sup>, cuest. 46.<sup>o</sup>, art. 3.<sup>o</sup>

bado lo que nos proponíamos, fácil cosa es comprender que Jesucristo dió á Dios una plena y rigurosa satisfacción por los pecados de los hombres. «Porque se dice que satisface propiamente por una ofensa aquel que presenta al ofendido una cosa á la cual tiene tanto ó más amor, cuanto aborrecimiento tenía á la ofensa. Pero Jesucristo, padeciendo por caridad y por obediencia, le ofreció á Dios cosa de más subido valor que el que exigía la compensación de todas las ofensas del humano linaje, y esto, en primer lugar, por la grandeza de la caridad por la cual padecía; en segundo, por la excelencia de su vida que daba por satisfacción, la cual era vida de Dios y de hombre; y en tercero, por la universalidad de su pasión y la inmensidad del dolor padecido. Y, por lo mismo, la pasión de Jesucristo no sólo fué suficiente, sinó también sobre-abundante satisfacción por los pecados del género humano, según aquello de San Juan, que dice: (1.<sup>a</sup> Ioann., II, 2): *El es la propiciación por nuestros pecados, mas no por los nuestros (de aquellos fieles) solamente, sinó por los de todo el mundo.*

Y esta satisfacción tiene la naturaleza, á la vez que de satisfacción de la ofensa, de verdadero y estricto mérito de justicia para todos los hombres. Porque Jesucristo, por su misión y su carácter de mediador, no era moralmente hablando una persona singular, sinó que era la cabeza de la Iglesia y de toda la humanidad redimible; y por eso, las gracias que en El había destinadas estaban á redundar y derivarse de El sobre todos los hombres, que son los miembros del cuerpo místico, cuya cabeza El es; y, por lo mismo, las obras de Cristo tienen para sí mismo y para sus miembros, igual relación que las obras del hombre para todo el hombre. Pero todo hombre que está constituido en gracia, clara cosa es que, si padece por la justicia, merece por ello la salvación para sí mismo, como San Matéo nos lo dice: (5, 10): *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.* Por lo cual, Jesucristo, por su pasión, no sólo mereció para sí mismo, sinó también para sus miembros, la eterna salvación».

A esto se refiere aquella tan misteriosa cuanto sublime exclamación de Jesucristo al ir á dar su suspiro postrero en el árbol de la cruz: *Todas las cosas están consumadas* (1). Que fué decir: Acabada está la obra de la salvación del mundo, y dada queda

---

(1) San Juan, 19, 30.

abundante satisfacción á la justicia de Dios ofendida. Pues como dice San Pablo: Con la muerte de Jesús, borrada quedó para siempre, y clavada en la Cruz, la escritura del decreto de muerte contra los hijos de Adán (1).

Fué, por último, la obra realizada por nuestro Salvador, Jesús, verdadera redención. Pues redención quiere decir un acto por el cual el que redime paga á otro las deudas que con El tenía el redimido, el cual estaba, mientras pagasen por El las deudas, en estado de servidumbre. De modo que el Redentor, á la vez que paga por el redimido sus deudas, le recaba la libertad de aquel triste estado en que se encontraba. Pues ¿quién podrá dudar que Jesucristo hizo todo esto por los hombres? Porque, en primer lugar, era el hombre por el pecado, siervo del diablo, según ya lo dijimos: pues el que obra el pecado, siervo es del (padre del) pecado.

En segundo lugar, era, por un especial modo, siervo de Dios por razón de la culpa, la cual le obligaba de justicia, y por parte del hombre, á recibir de Dios la pena oportuna; y bastante servidumbre es el estar obligado á sufrir lo que no se quiere, porque esto contradice al libre albedrío, que desea obrar como le plazca.

(Continuará).

---

## Reflexiones sobre el Evangelio.

---

### Dominica XVI después de Pentecostés

Habiendo ido á comer un sábado nuestro adorable Redentor en casa de uno de los principales fariseos, los cuales le acechaban constantemente por ver si le podían sorprender en alguna falta para acusarle, después de prevenirse contra su malicia con aquella pregunta (á la que no contestaron) si era lícito curar en sábado, sanó á un hombre hidrópico que se hallaba en su presencia, y fijándose después cómo los otros convidados que iban entrando ocupaban los primeros puestos en la mesa, les propuso una parábola; y dijo: «Cuando fueses convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que, habiendo otro más

---

(1) Carta á los de Colosa, 2, 14.

digno que tú, cuando venga el que os convidó á los dos, te haga descender con vergüenza tuya para dar á aquél su puesto, etc.»

Una sola cosa vamos á considerar, de las luminosas enseñanzas que en este pasaje del Evangelio, como en todos los demás, nos ofrece Nuestro Señor Jesucristo: la soberbia de los hombres: origen de todos los demás pecados que se cometen, representada en aquellos convidados que, sin ordenárselo nadie, se apropiaban, según iban entrando, de los primeros puestos alrededor de la mesa.

Un amor desordenado de nuestra propia gloria se dice que es la soberbia, y el Espíritu Santo en el «Ecclesiastico» la llama *initium omnis peccati*, el principio de todo pecado, no en acto, como dice Santo Tomás, sino en aptitud. De modo, que la soberbia supone siempre la transgresión de una regla razonable y justa que ordena todos nuestros actos, y el predominio absoluto de lo malo sobre lo bueno, de lo injusto sobre lo justo, dando origen á todas esas intrigas y rebeldías, discordias, pendencias, envidias, intransigencias, hipocresías y toda clase de abominaciones que enlazan irremisiblemente una serie inacabable de pecados. Dios es el autor de todo lo creado, y cuanto hay en el hombre, por consiguiente, es obra del mismo Dios: pero el soberbio, atribuyéndose á sí mismo lo que ha recibido de Dios; juzgando se le debe todo por sus méritos; empeñándose en tener más de lo que se le ha dado, ó creyéndose superior á los demás por la excelencia de los bienes que se le han concedido, usurpa á Dios los derechos que por tantos títulos le pertenecen y se hace reo del más alto grado de infamia é iniquidad.

¡Qué despreciable ser resulta el soberbio á los ojos de Dios! Siendo tan pequeño y pudiendo por sí solo tan poco, que sin la acción conservadora de la divina Providencia un imperceptible microbio basta para derribar su naturaleza por muy robusto que sea, ¡presumir de omnipotente y como dueño de los destinos de los hombres!

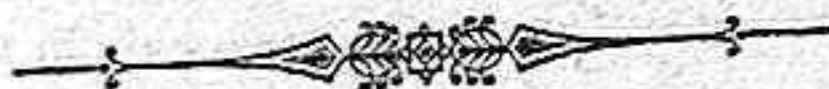
¡Desgraciado!... No ve que obrando de esa manera lo pierde todo, así en la presencia de Dios como en la de los hombres; pues no buscándose más que á sí mismo, y el aplauso de los demás, todo el pago que en otro caso pudieran merecer sus obras, hábralo recibido ya en esta vida, como dirá Cristo nuestro Redentor: *Accepisti mercedem tuam*: y en la presencia de los hombres,

porque siendo la soberbia conocida, no menos odiosa á los hombres que á Dios, sólo recoge desprecios en lugar de la estima que con tanto afán se procuró; y el deseo insaciable de crecer en la opinión de los demás, y el temor de sufrir alguna humillación, sólo sirven para tenerle constantemente agitado por sus siniestras sospechas ó vanas aprensiones.

Abandonemos, pues, este camino que nos conduce á tan malos fines y, siguiendo los derroteros que la razón iluminada por la fe nos señala, esforcémonos en practicar aquella virtud que, oponiéndose más eficazmente á nuestro orgullo y presunción, nos da garantías más ciertas para vivir en paz en esta vida y alcanzar después la bienaventuranza eterna.

Ya habréis comprendido que la virtud que os acabo de insinuar es la humildad, aconsejada y mucho mejor aun, practicada por Aquel que, siendo Señor de cielos y tierra, y conocedor infalible de nuestra condición y del mejor remedio que como Padre amoroso puede aplicarnos en este valle de amargura para conseguir el cielo, ha establecido como regla segura que el que quiera ser ensalzado por su Padre celestial ha de ser aquí humillado á imitación suya. Y no hay que darle vueltas: Jesucristo, que es Dios, y por lo tanto infinitamente sabio, ha dicho que nos tenemos que humillar si queremos vivir á su lado eternamente felices; luego, si nos empeñamos, siguiendo las consejas de nuestro orgullo, en crearnos un estado de ficción y mentira, presumiendo con lo que no tenemos, porque si algo hay en nosotros nada nos pertenece, no debemos tener ya más aspiraciones que las que tienen los brutos en este mundo y los condenados en el otro.

Pero no, la inclinación constante de nuestra alma á participar de las delicias inefables en la presencia divina, para que ha sido creada, y la seguridad misma de ser aquí tanto más felices cuanto menos nos dejamos dominar de nuestras pasiones, ha de movernos necesariamente á poner en práctica los medios que nos conduzcan á la consecución de la humildad y al aniquilamiento completo de nuestra soberbia y orgullo para que, viendo nuestro dulcísimo Jesús que queremos agradarle, trabajando por ahogar en sus mismos principios los gérmenes de una pasión tan insensata, nos conceda á torrentes las gracias de sus tesoros infinitos y vivamos con El perpetuamente identificados.



## Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Este esplendor, este sello, este nombre de Dios que leemos al frente de las verdades que su misericordia infinita se digna enseñarnos, son ciertos hechos sobrenaturales, en particular los milagros y las profecías, los cuales, no pudiendo proceder sino de la Omnipotencia y Sabiduría infinitas, dan testimonio de la intervención personal de Dios en el mundo, y confirman sus revelaciones y enseñanzas; medios maravillosos y adorables, pues siendo exclusivamente divinos, son al mismo tiempo fáciles de conocer; eminentemente populares, accesibles á todas las inteligencias, y que, por lo tanto, todos, desde el más rudo é ignorante hasta el más sabio, pueden reconocer facilísimamente en ellos la mano de Dios y la voz de su amorosa Providencia; todos pueden persuadirse por ellos de que «Dios, que habló antiguamente de muchas y varias maneras á los Padres y á los Profetas, se dignó en los últimos tiempos hablarnos por la persona de su Hijo»; todos, en fin, han de convenir necesariamente en que este acontecimiento maravilloso de la venida al mundo del Hijo de Dios, base y centro de la historia humana, está apoyado y demostrado con tales argumentos y con tal nube de testigos, que si la verdad de los misterios revelados por Dios en la predicación, vida, muerte y Pasión de su Hijo no es en sí misma clara y evidente, es cosa clarísima y evidentísima que deben ser creídos.

No es, pues, la fe un asentimiento ciego, destituido de motivos, engendrado simplemente del temor, del ciego instinto ó de otras pasiones; todo lo contrario: la fe descansa en razones que la acreditan de verdadera; no se apoya en doctas fábulas y en ilusiones y devaneos de imaginaciones exaltadas, sino en hechos realísimos y en testimonios tan auténticos y seguros, que no hay incredulidad, por obstinada que sea, que no pueda ser convencida con ellos; tiene por fiadores, no las palabras de los hombres, sino tales obras y tales palabras que demuestran clara é incontrastablemente que no es humana, sino divina, y, que, en fin, como decía hermosamente un antiguo escritor (1): trae consigo pendientes los sellos del infinito poder y saber de Dios.

(1) Fr. Tomás de Jesús, en la «Práctica de la viva fe», lib. I, cap. IV



El cristianismo, dice un ilustre autor moderno (1), es la única religión que tiene y presenta pruebas de su verdad. Antes de exigir el que se crean sus misterios, convida á la razón á que examine la autenticidad de sus títulos; y solamente después que la misma razón ha reconocido la validez de dichos títulos, exige que admita su doctrina y la practique. El hombre no creería, añade Santo Tomas (2), si no viese claramente que está obligado á creer por la evidencia de las pruebas; y el P. Francisco Suárez (3) esfuerza hasta tal punto esta intervención de la razón en el acto de creer, que juzga que nadie puede hacer un acto de fe perfecto y verdadero si antes no está convencido de la conveniencia ó necesidad de este acto, y de la que él llama *evidencia de credibilidad* de las cosas que la fe nos propone.

De esto se deduce que, si no podemos siempre dar razón de las cosas que creemos por la fe, siempre podemos darla de por qué las creemos. El sabio y entendido dará razones conformes á su capacidad, ó á los estudios que hubiese hecho, y el pobre é ignorante dará las suyas, si no tan doctas y luminosas como las del sabio, igualmente poderosas para manifestar la fe que abriga en su corazón; y uno y otro cumplirán el precepto que da San Pedro (4), no ya á los doctores y maestros, sino á todos los fieles en general, cuando les dice que todos hemos de estar siempre dispuestos á dar cuenta y razón á todo el que lo pide, y á probarle con argumentos invencibles la fe que hay en nosotros, esto es, el por qué creemos lo que la Iglesia nos propone y Dios nos ha revelado.

Apoyada en estas pruebas extrínsecas de la autoridad de Dios, la razón del hombre se dispone á salir de la oscuridad de sí propio para recibir el rayo de luz de la verdad divina; y el alma humana, llevada en brazos de la Misericordia Divina, es levantada á las sublimes alturas, donde, apartada de cuanto es vil, bajo y miserable, pueda contemplar la luz inaccesible de los misterios divinos, regalar su oído con la armonía de las ideas y pensamientos de Dios y escuchar las palabras dulcísimas que la Bondad Divina se digna hablar á su oído, y en las cuales está encerrada

---

(1) Augusto Nicolás, Estudios filosóficos.

(2) 2, 9, 1, a. 4.

(3) Disp., De fide, sect. 5, n. 8.

(4) Epíst. 1.<sup>a</sup>, c. III, v. 15.

su felicidad y los tesoros del amor infinito de Dios para con los hombres. Así se engendra en el alma la virtud de la fe, la cual, cuando es perfecta y va acompañada del testimonio de la buena conciencia y ataviada con los adornos de las demás virtudes, infunde en el ánimo una luz, un esfuerzo y una prontitud extraordinaria para admitir, no sólo cuanto esta fe le enseña, sino para ejecutarlo y obrarlo; de suerte que no sólo no siente pena en el creer, mas muy grande deleite y suavidad. Por esto, nada hay más contrario á esta fe que la angustia, la timidez, la flaqueza ó estrechura de espíritu. La fe es la tendencia, la aspiración, el vuelo ansioso del alma hacia Dios nuestro Señor y nuestro Padre; es el descanso del entendimiento en la posesión segura del objeto á que natural y necesariamente se encamina; es la tranquilidad y el reposo en la verdad de Dios, que lleva consigo la sujeción de la voluntad á la obediencia de los preceptos divinos. Entre los verdaderos cristianos, nadie cree de miedo, y todos saben á qué atenerse respecto á esas dificultades de creer, á esos tormentos y agonías de la duda que ingenios desesperados andan pregonando por ahí, hipócritas de impiedad, intérpretes inconscientes, más que de las oscuridades y vacilaciones de sus entendimientos, de las veleidades, miserias y prevaricaciones de su corazón.

(Continuará.)

## CUENTO

### El artista y el leñador.

#### I

Uno de nuestros más afamados escultores recorría una mañana de primavera los pinares de una montaña de nuestras provincias del Norte. Allí le llevaba el amor al arte y buscaba con ansia de verdadero artista la inspiración que presta la contemplación de las bellezas del gran modelo que el Criador formó para grandioso alcázar del hombre.

En las montañas admiraba la gradación de las sombras y los contrastes de luz inimitable que se ven en el interior de los bosques. Allí estudiaba la atrevida curva del arco bizantino en las

concavidades de sus pescañales, y la altiva columna gótica en los troncos de los pinos.

Sumido en profundas meditaciones estuvo largo rato el artista ante el hermoso espectáculo de la naturaleza, hasta que distrajo su atención un ruido extraño producido por un golpe de hacha de un leñador, que á poca distancia de donde él se encontraba comenzó á derribar una de las ramas de un pino elevadísimo, no sin que antes hubiera hecho la señal de la cruz en su frente, alzando al cielo sus ojos y murmurando una oración. Como nuestro artista era muy piadoso y había visto la forma tan cristiana que el rústico había usado para comenzar dignamente su trabajo, impulsado por la misteriosa influencia de la simpatía, se acercó á él para entablar conversación.

El leñador, al verle llegar, se quitó respetuosamente la ancha boina que cubría su cabeza y saludó al artista, diciéndole:

—Dios os guarde, caballero: ¿creéis que os puedo ser útil?, ¿estáis acaso perdido en el bosque y deseáis tener quien os guíe? Yo vivo en estas cercanías y conozco el terreno á palmos.

--Gracias, buen hombre,--contestó el escultor con afabilidad;--conozco también este país, que es el mío, y aun cuando hacía muchos años que faltaba de aquí, no se me ha olvidado nada.

—En efecto—replicó el leñador,—muchos años hará que no habéis estado por esta tierra, porque yo vine á establecerme en mi oficio cuando me casé, y el chico mayor tiene quince años, y no recuerdo haberos visto nunca.

—¿Queréis ser mi amigo?—le preguntó el artista, encantado de su afabilidad de carácter y su cariñoso trato.

—¿Vuestro amigo?—exclamó admirado el leñador;—Quiero ser vuestro hermano; pues por la gracia de Dios amo á todos los hombres como á mí mismo, porque así nos lo recomienda el Sr. Cura todos los domingos, cuando nos predica en la Misa mayor, y... ¡es tan bueno, que es imposible no obedecer todos sus mandatos.

El artista oía y miraba asombrado al leñador como si estuviera soñando, porque no podía comprender que bajo aquellas apariencias de rusticidad se encontrase un alma tan elevada.

—Parece, señor, que os habéis quedado algo pensativo, y sospecho si con mi ignorancia he podido decir alguna cosa que os haya ofendido: decídmelo si es así, pues estoy pronto á solicitar vuestro perdón, dijo humildemente el buen leñador.

—Nada de eso,—se apresuró á contestar el escultor:—estaba pensando precisamente en proponeros que dejéis el oficio y os vengáis conmigo á la ciudad, que yo os protegeré.

—Gracias, señor,—replicó el leñador,—porque el señor Cura nos encarga mucho que seamos humildes y no tengamos ambiciones desordenadas, porque Dios en su providencia ha puesto á cada hombre en el estado más á propósito para ganarse el cielo.

—¿De manera que estáis contento con vuestra suerte?—preguntó el artista, cada vez más admirado de la profunda filosofía de aquel rústico.

—Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo; le decimos á Nuestro Señor cuando rezamos el *Padre nuestro*; y como nadie mejor que El sabe lo que nos conviene, me someto contento á su voluntad,—dijo el leñador con un tono de convicción que encantó á su interlocutor.

—De este modo—continuó—tengo mis pesares, es verdad, pero ¿quién no los tiene en el mundo? No me falta que comer; hay paz en la familia y Dios bendice nuestra pobreza, porque El también fué pobre, según nos cuenta el señor Cura, y mira á los pobres con singular predilección. Pero como todos tenemos algo que desear aquí abajo, yo también hace tiempo que deseo adquirir una cosa que no he podido lograr aún, porque como el jornal es tan corto y la familia tan larga, no he podido llegar á ahorrar lo suficiente para hacerme con ella.

—Decidme lo que es ello,—preguntó con interés el escultor.

—Como vivo en despoblado—contestó tristemente el leñador,—no puedo ir á la iglesia más que los domingos: y como á mí me gusta rezar al levantarme de la cama, por no ser menos que las fieras de estos bosques, las aves de estas arboledas, y hasta las plantas de estas montañas, que todos los días al amanecer saludan á su manera á la luz que viene de Dios, me gustaría tener un Santo Cristo para rezar delante de él todas las mañanas antes de ir al trabajo.

—Pues si no es más que eso, pronto lo tendréis—le interrumpió con viveza el artista, profundamente conmovido;—yo mismo os lo haré de un pedazo de madera que estáis cortando.

Y esto diciendo, tomó un trozo de tronco y se despidió del leñador.

Transcurrió una semana y volvió de nuevo el artista á encontrarse con el leñador, que, como siempre, se hallaba trabajando en el bosque. Al llegar junto á él, le dijo mostrándole un objeto que llevaba en su mano envuelto cuidadosamente.

—Aquí os traigo el Crucifijo tallado por mí, según os tenía prometido.

El leñador, al escuchar ésto, soltó el hacha, tomó el objeto en sus manos y comenzó á desenvolverlo con la misma alegría con que un niño destapa la caja que contiene el más codiciado juguete.

Como el placer también hace llorar, al descubrir por completo la imagen, el pobre leñador reía y lloraba al mismo tiempo, y, mudo de emoción, no podía articular ni una palabra y se contentaba con mirar dulcemente al Santo Cristo.

El artista presenciaba esta escena tiernísima con lágrimas en los ojos, sin atreverse á decir nada por no interrumpir al piadoso leñador en sus transportes de entusiasmo y su gozo intensísimo.

—¿Cómo os pagaré, señor, tan rico presente?—dijo el leñador:—os prometo que no me desprenderé de esta imagen en toda mi vida y la guardaré como un tesoro en mi pobre cabaña. Ahora sí que podré rezar con devoción; ahora sí que tendré quien me consuele, y mi humilde choza tendrá dueño, porque una habitación en la que no está la imagen de Jesús crucificado es como casa abandonada por el amo. ¡Cuántas gracias tenéis que dar á Dios Nuestro Señor porque os ha dado esas manos que saben convertir un leño tosco y feo destinado al fuego, en una imagen hermosísima de Cristo! ¡Cuántas gracias tengo que daros yo también, porque con este regalo me habéis hecho comprender lo que en mi ruda ignorancia nunca hubiera alcanzado!

—Verdaderamente—le interrumpió el escultor, que le estaba oyendo cada vez más asombrado;—que si todos los artistas concieran lo que acabáis de decir, no desviarían al arte de su fin principal; y si todos los sabios de la moderna ciencia supieran las verdades que poseéis, no serían enemigos de Dios como lo son.

Y esto diciendo, se abrazó al buen leñador y se despidió de él, internándose en el bosque y murmurando:

—Venid aquí, artistas y sabios de nuestros días, á recibir lecciones de un sencillo leñador, discípulo de uno de esos humildes

sacerdotes que vosotros despreciáis como ignorantes; y si conserváis buena fe, tendréis que humillar vuestra soberbia ante las profundas verdades de la sana ciencia, de la admirable y sencilla filosofía cristiana.

(Del *Boletín eclesiástico* de Calahorra y la Calzada).



## Liturgia.

(Continuación).

Urbano II, en el Concilio de Clermont, en 1095, después de haber reglamentado todo lo concerniente á la expedición de la Cruzada, hizo uso de su autoridad apostólica para extender la Tregua de Dios, tomando como base la suspensión de armas observada durante la Cuaresma y estableció por un decreto, renovado en el Concilio de Rouen, celebrado al año siguiente, que todos los actos de guerra quedasen prohibidos desde el miércoles de Ceniza hasta el lunes siguiente á la octava de Pentecostés y en todas las vigiliass y fiestas de la Santísima Virgen y de los Apóstoles: todo ello sin perjuicio de lo anteriormente dispuesto para cada semana, es decir, para el tiempo intermedio entre el miércoles por la tarde al lunes por la mañana.

De esta manera testimoniaba la sociedad cristiana su respeto á las santas observancias de Cuaresma, y tomaba ocasión de las estaciones y festividades, para asentar sobre ellas las más preciadas instituciones. La vida privada no notaba menos el saludable influjo de las santas tristezas de Cuaresma; y el hombre renovaba cada año sus energías para combatir los instintos sensuales y levantar la dignidad de su alma, poniendo un freno al atractivo del placer. Durante muchos siglos fué exigida la continencia á los esposos en la Cuaresma; y la Iglesia que ha conservado en el más augusto de sus libros litúrgicos, en el Misal, si no el precepto, á lo menos la recomendación de esta práctica saludable, legó á la posteridad un monumento vivo de sus deseos, prohibiendo la celebración de velaciones durante el tiempo de Cuaresma.

Hacemos punto en la exposición histórica de la disciplina de Cuaresma, con el sentimiento de apenas haber tratado someramente materia de tanta importancia é interés. Hubiéramos querido, entre otras cosas, hablar extensamente de las costumbres de las Iglesias de Oriente, que han conservado mejor que nosotros el rigor de los primeros siglos del cristianismo; pero no queriendo molestar más á nuestros lectores, nos limitaremos á dar algunos detalles muy compendiados.

El Domingo que nosotros llamamos de Septuagésima, es co-

nocido entre los griegos con el nombre de *Prosphonesima*, porque anuncia el ayuno de Cuaresma, que en breve ha de dar principio, á la vez que la fiesta de Pascua. El lunes inmediato considérase como el primer día de la semana siguiente, y se denomina *Apocreos*, del nombre del Domingo en que termina y que corresponde á nuestro Domingo de Sexagésima: este nombre *Apocreos* indica para la Iglesia griega que ha de suspender muy pronto el uso de la carne. El lunes que sigue da comienzo á la semana llamada *Tyrophagia*, que termina en el Domingo de este nombre, y es nuestra Quincuagésima: aun está permitido el uso de lacticinios en toda esta semana. Por último, el lunes siguiente es el primer día de la primera semana de Cuaresma, y desde él empieza con todo su rigor el ayuno, mientras que los latinos no empezamos á hacerlo hasta el miércoles.

Durante toda la Cuaresma está prohibido en la Iglesia griega el uso de huevos, leche y hasta de pescado: la sola comida permitida es el pan con legumbres, miel, y para los que habitan á la orilla del mar los diversos moluscos que en él se crían. El uso del vino, prohibido por mucho tiempo en los días de ayuno, terminó por introducirse en Oriente, así como la dispensa para comer pescado en el día de la Anunciación y Domingo de Ramos.

Además de la Cuaresma de preparación á la fiesta de Pascua, celebran los griegos otras tres Cuaresmas en el transcurso del año: una llamada *de los Apóstoles*, que comprende desde la octava de Pentecostés hasta la fiesta de San Pedro y San Pablo; otra denominada *de la Virgen María*, que comienza el día primero de Agosto y termina en la vigilia de la Asunción; y, por último, la Cuaresma de preparación á Navidad, de que ya hemos hablado, y que dura cuarenta días. Las privaciones que se imponen los griegos durante estas tres Cuaresmas, son análogas á las de la Cuaresma propiamente dicha, por más que no sean tan rigurosas. Las demás naciones del Oriente solemnizan también muchas Cuaresmas, y con un rigor que supera á las que observan los griegos: pero el detallar esto nos llevaría más lejos de lo que ha sido nuestro propósito. Terminamos, pues, lo que debíamos de decir de la parte histórica de la Cuaresma, y pasamos á exponer, á grandes rasgos, los misterios de este santo tiempo.

(Continuará).



## Noticias generales.

El Emmo. Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán, ha publicado una importante Pastoral recomendando, no solamente al Clero, sino á los seglares, la lectura y exacta práctica de las sabias en-

señanzas contenidas en la carta dirigida por Su Santidad Pío X, en 28 de Julio de 1906 al Episcopado italiano.

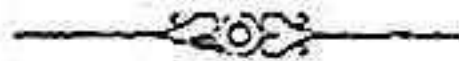
\*\*\* En la Iglesia de San Antonio, en la vía Merulana de Roma, la Congregación de Nuestra Señora del Valle, cuyo fin es la Liga contra la blasfemia, ha celebrado el 18 del pasado mes la anual y tierna ceremonia de la oferta del corazón á su excelsa Patrona. Hubo Misa de Comunión general, procesión y protesta contra la blasfemia. Ocupó la Cátedra sagrada el Rvdo. P. Antonio Saltaselli, Lector general de la Orden Franciscana, terminando la festividad religiosa con un himno á la Santísima Virgen.

\*\*\* *Le Petit Parisien*, cuyo director es un Exministro, decía hace poco con cierta melancolía:

«Todo es posible con un Papa cuya divisa ha sido siempre».

*Cumplo con mi deber y lo demás lo pongo en manos de la Providencia que proveerá según convenga.*

Merecer esta opinión de sus adversarios á los tres años de pontificado, es ciertamente la mayor apología que puede hacerse de Pío X.



## Santorale.

Día 23, Domingo XVI después de Pentecostés. Stos. Lino, pp. mr.; Constancio, sacristán y cf.; Santas Tecla, vg. mr.; Xampita y poliehe-na, herms.

Día 24, lunes. Ntra. Señora de las Mercedes. Stos. Gerardo, ob. mr.; Tirso, diác. mr.; Dalmacio, cf.; Santa Ludmila, mr.

Día 25, martes. Santos Cleofás, Fernando y Erculano, mrs.; Stas. Tata, mr.; Aurelia y Neumisia, vgs.

Día 26, miércoles. Stos. Eusebio, ob. cf.; Cipriano, mr.; Amancio, pbro.; Sta. Justina, vg. mr.

Día 27, jueves. Stos. Cosme y Damián, herm. mrs.; Adolfo y Juan, mrs.; Eleázaro, cf.; Stas. Epicaris, mr.; Hiltrudes, vg.

Día 28, viernes. Stos. Wenceslao, mr.; Exuperio, Salomón y Silvino, obs. cfs.; Simón de Rojas, cf.; Santas Eustoquia, vg.; Lloba, virgen martir.

Día 29, sábado. La Dedicación de S. Miguel Arcángel. Stos. Fraterno, ob. mr.; Grimualdo, pbro. cf.; Stas. Heráclea, Gudelia y Casdoa, mrs.